



“CAYÓ, ROSTRO EN TIERRA” (Mc 14,35)

Las posiciones del cuerpo son cuatro: de pie, sentado, tumbado y de rodillas. De pie se está para caminar. Es la postura de quien no está quieto. Jesús es un hombre constantemente en camino, hasta el punto de no tener siquiera una casa, ni una piedra sobre la que posar la cabeza. Sentado se está para leer, reflexionar, estudiar: Jesús el maestro se sienta en el monte o en la barca para instruir a los discípulos o a las multitudes. Tumbado se está para reposar, también en el sueño profundo de la muerte: Jesús es acostado en el sepulcro desde la cruz. Pero para rezar hace falta estar de rodillas.

“Arrojarse o postrarse con el rostro en tierra”, de hecho, es la expresión bíblica más común para indicar la sumisión, el abandono, la veneración y, por tanto, también la oración. Concretamente, significa caer de rodillas, extender los brazos y tocar el suelo con la frente. De esta postura fundamental para la oración bíblica tenemos numerosos testimonios antiguos, sobre todo de la era patriarcal y, por tanto, anteriores a la religión mosaica.

Citaré algunas:

Abrahán se postra en tierra frente a los ángeles que le visitan (Gen 18,2). Lo mismo hace su nieto Lot, “rostro en tierra” (Gen 19,1). El siervo de Abrahán, en señal de agradecimiento por haber encontrado una esposa al hijo del patrón, “se postró en tierra ante el Señor” (Gen 24,52); Jacob, acercándose a su hermano Esaú, “se postró en tierra siete veces” (Gen 33,3). Jacob rechaza humillarse de esa forma ante el hermano menor (Gen 37,10) pero ante José tienen que postrarse todos sus hermanos (Gen 42,6). Y así sucesivamente: no hay duda de que esta es la posición del cuerpo adoptada por quien quiere manifestar plena sumisión a la voluntad del que es más grande que él.

Ahora, es bastante curioso que esta postración rostro en tierra se haya perdido en el Israel post bíblico. Aparte de contadas excepciones Israel, hasta hoy, reza de pie, no de rodillas. Quien ha conservado esta postura primordial de oración es el Islam árabe, que lo repite diariamente también en la actualidad. En el mundo cristiano, solemos al menos hacer una genuflexión y los orientales están incluso acostumbrados a realizar “postraciones” continuas. Es significativo que Ety Hillesum, una joven judía holandesa desaparecida en Auschwitz, y en la actualidad muy popular entre los jóvenes, confiese en su Diario haber reaprendido a arrodillarse – postura que se convertirá en habitual, cómoda – de una criada cristiana.

Ponerse de rodillas o caer de rodillas es también lo que nos enseña san Pablo en su oración de adoración. “Por eso doblo las rodillas ante el Padre, en quien tiene origen toda descendencia en el cielo y la tierra (Ef 3, 14-15). La traducción CEE anterior decía: “de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y la tierra” y creo que era más sugerente porque indicaba cómo de la sumisión a la paternidad de Dios deriva incluso una creciente fecundidad humana. En cualquier caso, arrodillarse es muy parecido al “postrarse rostro en tierra” de los antiguos semitas que los musulmanes han conservado y que quizá también nosotros los cristianos deberíamos redescubrir, al menos en los momentos de prueba, siguiendo el ejemplo extremo de Jesús en Getsemaní.

Alberto Mello, monje de Bose